
Hira de Gortari*

SEMBLANZA DE MORELOS

I. Propósitos

El presente ensayo fue elaborado con las lecturas de biografías o estudios sobre algún periodo de la vida de José Ma. Morelos. Aunque valdría la pena advertir, desde el principio, que no me propuse hacer una revisión exhaustiva del sinnúmero de trabajos que la figura del prócer ha motivado, y que tampoco se encontrará un criterio defendible en el cual se apoye la selección de los textos que comento, sino que ésta obedece a razones personales, como son un vivo interés por el personaje y por el género biográfico.

No pretendo elaborar un análisis que resalte el papel de Morelos como estadista, político o militar, sino comentar algunos aspectos sugerentes de su biografía.

Son tres los historiadores en los que me apoyo para escribir: Carlos Herrejón, Ernesto Lemoine y Wilbert H. Timmons.¹

De entrada habría que decir que escribir una biografía, como cualquier otro trabajo histórico, tiene sus reglas y principios, pero que en el caso de un personaje como Morelos, a los menesteres del oficio,

* Prof. del área de Historia de la Sociedad y del Estado, en la UAM Iztapalapa.

¹ Carlos Herrejón, *Morelos. Vida insurgente y Lecturas. Estudio introductorio y compilación de...* Zamora, Michoacán. El Colegio de Michoacán, 1984; Ernesto Lemoine *Morelos, su vida revolucionaria a través de sus escritos y otros testimonios de la época*. México, UNAM, 1965; Wilbert H. Timmons, *Morelos: sacerdote, soldado, estadista*. México, FCE, 1983.

se añade hoy una dificultad más: la de resucitar la vida de un personaje que ocupa un lugar de primer orden en el panteón de nuestros héroes nacionales y que está arraigado profundamente en nuestra conciencia nacional; siendo fácil escribir una historia de carácter ejemplar y edificante que lo exalte como un ser excepcional, predestinado e infalible.

Situación distinta a la del siglo pasado, cuando Morelos era un individuo controvertido y criticado. Tan era así, que su papel durante la guerra de independencia suscitaba polémicas, particularmente por las características que le imprimió a su lucha. Así por ejemplo, en pasajes escritos por Lucas Alamán acerca del movimiento de independencia que consideraba “no (como) una guerra de nación a nación, como se ha querido falsamente representar... (sino como) un levantamiento de la clase proletaria contra la propiedad y la civilización”; Morelos, a sus ojos, seguía siendo una fuente de inspiración para “...los comunistas y socialistas de nuestros días, a cuyos sistemas propendía bastante Morelos, (por lo que) se reconocerán en algunos de los pensamientos que recomendaba al congreso...”²

Morelos frente a sus contemporáneos

Al hacer una somera mención de los biógrafos que en el siglo XIX se ocuparon de Morelos, ésta tendría que empezar —como escribe Herrejón— por el mismo insurgente, ya que en los juicios a que fue sometido “...tuvo que ir dando razón de sus pasos y dichos desde que vio la primera luz”.³

En realidad, el primer biógrafo y, además, ferviente simpatizante de Morelos fue el historiador Carlos María de Bustamante, a quien se le atribuye como una de sus mayores aportaciones a la historiografía el habernos legado nuestro primer panteón de héroes nacionales, en correspondencia con sus miras y su admiración a la figura del caudillo, éste fue ensalzado como un héroe y su culto encuentra en Bustamante, un magnífico intérprete.⁴

José María Luis Mora, quien aparte de sus méritos como ensayista político e ideólogo nos legó, en los años 30 del siglo pasado, una

² Lucas Alamán, *Historia de México, desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808 hasta la época presente*. México, Imprenta de J.M. Lara, 1850, T. III, p.518 y T. V, p. 666.

³ Herrejón, *op. cit.*, p. 19.

⁴ David A. Brading, *Los orígenes del nacionalismo mexicano*. México, SEP, 1973. (Colec. SEP-70 n. 82), pp. 117-120.

impecable e implacable galería de retratos de sus contemporáneos y de hombres distinguidos, incluyó entre ellos a Morelos, del cual nos delineó un personaje más complejo y no ocultó las opiniones que sobre él tenía.

A Mora le intrigó que siendo Morelos un arriero –según versión que corría– decidiera hacerse eclesiástico.

...hasta ahora no ha podido saberse el motivo verdadero de esta extraña resolución para un hombre a quien todo parecía alejar de semejante carrera, mas la cualquiera que haya sido, nada pudo hacerlo desistir del empeño que había contraído...

Sostiene también que en un pasaje fundamental de la vida de Morelos, como fue su encuentro con Miguel Hidalgo, “éste se desdeñó de recibir aun para capellán un hombre oscuro y sin carrera, y para deshacerse de él, le dio la comisión de propagar la revolución en el sur”. Lo que parecía concordar a su juicio, dado que Morelos era un “hombre de educación descuidada y que “carecía de todas las prendas exteriores que puedan recomendar a una persona en la sociedad culta”.

A pesar de estos trazos, el doctor Mora reconoció que sus conceptos, aunque tardíos, eran sólidos y profundos.” Y aunque sin instrucción en la profesión militar... su talento claro y calculador le sugería los planes que eran necesarios para su empresa... y así fue... él fue el primero que enseñó a los insurgentes a mantenerse sobre el campo aun cuando los primeros lances de una acción les fuesen desfavorables...

Otra de sus virtudes, a juicio de don José María Luis Mora, era que “como magistrado (fue)... un hombre extraordinario, (ya que) sin conocer los principios de la libertad pública, se hallaba dotado de un instinto maravilloso para apreciar sus resultados... Así..., apenas conoció los primeros principios del sistema representativo se apresuró a establecerlos para su país...” Habría que destacar que la fibra moral de Morelos que ha pervivido como rasgo presencial del personaje, es subrayado por el liberal decimonónico al escribir:

Las prendas morales de este jefe eran superiores a todas las otras; amante del bien público y de su patria, hizo cuanto creyó que podía conducir a su prosperidad y grandeza, muchas veces se equivocó en los medios, pero jamás sus errores provinieron del deseo de su propio engrandecimiento, pues aun en el puesto a

que lo elevaron sus victorias, fue extraordinariamente modesto...⁵

Más de diez años después, Lucas Alamán nos dejó una semblanza de Morelos que no se contradice con la anterior, porque hay que tomar en cuenta que la Independencia vista por Alamán fue un movimiento que iba contra las convicciones y los principios que sustentaba a finales de los años cuarenta. Esto no impidió que dibujara un retrato de Morelos en el cual se entremezclan sus ideas con la información, los testimonios, y los procesos que no habían sido antes tomados en cuenta. En sus palabras, Morelos era el

...hombre más notable que hubo entre los insurgentes, (por lo que) seguiré casi literalmente la que él mismo firmó en las declaraciones que, por vía de información, se le tomaron en su causa. No trató en ellas Morelos de desfigurar los sucesos ni de disculpar o disminuir la parte que en ellos tuvo; los refirió con buen orden, claridad y verdad, por lo que su historia no puede escribirse con más exactitud que tomándola de él mismo.

Por el contrario, Alamán no avala la versión de que Hidalgo le había dado a Morelos una pequeña comisión para desembarazarse de él. La imagen que nos deja en torno al carácter de Morelos es que

...era no sólo un hombre de resolución, sino que para nada se detenía en los medios que podían conducir a sus fines. Su aspecto retrataba su carácter; un rostro torvo y ceñudo, inalterable en toda circunstancia, era la expresión de aquella crueldad calculada con que fríamente volvió sangre por sangre, y pagó a sus enemigos centuplicando los males que de ellos recibió”. Añadía que como hombre de convicciones profundas... que forman tanto los héroes como los fanáticos se ve impresa en todos sus pasos, sin que ella lo apartase de la observación de sus principios religiosos. Antes de entrar en una acción, se confesaba siempre, y con esta preparación no temía exponerse al menor riesgo.

En cuanto a su competencia “...generalmente se le concede poca capacidad y se atribuye a los que le acompañaban el acierto de muchas de sus disposiciones, no aparece así de las contestaciones dadas en su proceso y de muchas de sus providencias, en las

⁵ José Ma. Luis Mora, *Ensayos, Ideas y retratos*. Prólogo y selección de Arturo Arnáiz, México, UNAM, 1964, pp. 145-149.

que se ve un hombre rústico y sin letras, pero dotado de penetración, siendo una prueba de ésta, esa misma elección de personas que contribuyeron a sus progresos.”

Alamán confirma esa opinión más adelante: “en todos (los) documentos dictados por Morelos o escritos de su puño se descubre un carácter de originalidad que deja traslucir un gran fondo de buena razón a través de la confusión de ideas, efecto de la falta de instrucción”.

En sus costumbres, dice Alamán, “...por desgracia (como) era tan común en el bajo clero... no eran puras y sus propensiones eran meramente materiales y groseras, y así tuvo varios hijos en mujeres desconocidas de su pueblo”.

Coincide con Mora en cuanto a su probidad y honradez, pues “...en cinco años de campaña entraron en su poder grandes sumas de dinero, nunca tomó para sí más que lo preciso, siendo su gasto personal muy corto, y nada separó para su provecho particular”.

En cuanto a su vocación tardía, que le parece inexplicable a Mora, Alamán menciona que el estado de miseria de su familia por la viudez de su madre lo obligaron a trabajar y, por tanto, a retrasar sus estudios. Coincide, en cambio, con el doctor Mora, en lo que respecta a que, “entre sus calidades, ...no se contaban, por desgracia, la humanidad y generosidad para con los vencidos”.⁶

Herrejón añade que, posteriormente a la imagen de Morelos trazada por estos tres historiadores del XIX, aparecieron trabajos que, gracias a la labor tesonera de hombres como Orozco y Berra y Hernández y Dávalos, permitieron iluminar con mayores luces la vida y la obra del caudillo, pero aparte de la obra de los interpretativos como los ya citados, las aportaciones se hicieron sobre todo en el renglón documental, y no en el interpretativo. De esta manera, la biografía de Morelos ha podido enriquecerse con escritos, actas y documentos; esfuerzos que han continuado, durante varias décadas del siglo XX y entre los que destacan los de Genaro García y, posteriormente, los de Antonio Arriaga, Enrique Arreguín y Martín Luis Guzmán.⁷

Actualmente, la importancia de José María Morelos como el principal líder insurgente, después de la excomunión y fusilamiento de Miguel Hidalgo, está plenamente establecida. Tanto su biografía, como su obra política y militar podrán, seguramente, ser temas de nuevas

⁶ Lucas Alamán, *Semblanza e Ideario*. Prólogo y selección de Arturo Arnáiz, México, UNAM, 1963, pp. 76-90.

⁷ Herrejón, *op. cit.*, pp. 21-24.

investigaciones que maticen o ahonden en algunos aspectos, pero es notorio que en nuestra historia, como en su interpretación, aquél ya tiene un lugar sobresaliente.

Este es el punto de partida en los trabajos que analizaremos y a través de los cuales trataremos de apreciar en qué medida los autores se alejan realmente de esa historia, donde los grandes personajes son exaltados discursivamente para, en cambio, rescatarlos como seres humanos.

Tres estudios sobre Morelos

Antes de continuar quisiera puntualizar algunas ideas y preocupaciones actuales acerca del género biográfico, el cual, como se sabe, en su origen se conoce como “vida de”. La biografía “...descansa en el postulado, por una parte, de que una vida humana puede ser contada o si se quiere traducida en palabras y en tanto que estas permanecen, la vida humana puede ser preservada de la muerte; es entonces un ejercicio de perpetuar y de intentar reproducir, en palabras, una vida real”.⁸

El biógrafo aborda —en general— la vida completa de su personaje a través de una dimensión perfectamente delimitada por el inicio y el fin de la vida del biografado, surgiendo siempre la pregunta ¿qué tratar en una biografía?, a la cual, hoy podríamos responder que un aspecto privilegiado sería el intentar establecer la coherencia interna de la vida del biografado; búsqueda en la cual hay que escudriñar lo que esto significa ante nosotros, pero, también, el testimonio implícito o explícito del propio individuo acerca de su existencia.⁹

Al escribir una biografía donde tanto el biografado, como el biógrafo, estén presentes, buscando rescatar una cierta coherencia, no deja de plantear problemas en cuanto a situar al sujeto en un marco más amplio, como es su entorno social y acercarse, a los entrecruzamientos mutuos que pueden reproducirse a lo largo de una vida.¹⁰

Debemos comenzar por señalar que los textos de que haré uso, fueron publicados en años distintos; el de Timmons en 1963, aunque editado en español veinte años después; el de Lemoine, en 1965 y el de Herrejón apenas en 1984. Diferencias que vale tomar en cuenta, porque los criterios historiográficos se han modificado parcialmente en la práctica de la historia en México en las dos últimas décadas.

⁸ Georges May, *La autobiografía*. México, FCE, 1982, pp. 184-186.

⁹ Saul Friedlander, *Historie et psychanalyse*. París, Editions du Seuil, 1975, p.85.

¹⁰ Carlos Ginzburg, *Le fromage et les vers. L'univers d'un meunier du XVI siècle*. París, Flammarion, 1980, pp. 14-16.

Obviamente, en los tres autores confluye un interés por la figura de Morelos, pero se distinguen por el distinto énfasis que le otorgan a ciertas facetas de su vida. Timmons se preocupó por hacer una amplia reconstrucción de la vida completa de José María Morelos; por lo que su estudio se acopla con el modelo de una biografía. Estructura de su obra con el relato de un Morelos que va creciendo y acercándose al final de su vida, es decir, envejeciendo; buscando equilibrar el peso e importancia de diferentes periodos de su existencia y no tratando exclusivamente al Morelos maduro de los últimos cinco años, como dirigente insurgente.

En este aspecto Timmons coincide, con Herrejón, el cual se interesa por explotar las contingencias del Morelos preinsurgente. El autor hace hincapié en que: “La mayor información que hay sobre Morelos se refiere a los cinco años de su acción revolucionaria. Los primeros cuarenta y cinco años de su vida se conocen muy fragmentariamente. Excelentes biografías del caudillo son escasas, por lo que toca al Morelos labrador, estudiante y sacerdote”.¹¹

Herrejón también escudriñó en la formación y bagaje cultural de Morelos. A través de sus lecturas y junto con sus estudios sobre el “Morelos de antes de 1810” y “Lecturas de Morelos”, nos proporciona una amplia gama de documentos interesantes, sobre su vida en este periodo.

En Lemoine prevalece un interés distinto, esencialmente se preocupó por abordar al Morelos insurgente; su investigación sobre éste está acompañada de un anexo documental compuesto por numerosos escritos y fragmentos de documentos total o parcialmente desconocidos, así como de un esbozo biográfico.

Después de las precisiones anteriores, podemos entrar en materia y comentar algunos pasajes de los años iniciales del Morelos preinsurgente.

Los primeros años de José María Morelos estuvieron marcados por estrecheces económicas, agravadas por el abandono —de la familia— del padre y el hermano mayor debido, aparentemente, a dificultades entre los padres; la ausencia del primero obligó a Morelos, el segundo de los hijos, a convertirse desde la adolescencia en cabeza de la familia y a sostener a su madre y hermana menor. Desde estos años, fue un imperativo para el joven José María el trabajar y esto lo forzó a mantener sus primeros contactos con la tierra caliente, pues un tío por línea materna, le dio trabajo en una propiedad cercana a Apatzingán. Ahí se dedicó al comercio como arriero y se convirtió en contable de los negocios de su pariente. Experiencias que lo marcarían profundamente,

¹¹ Herrejón, *op. cit.*, p. 27 -

pues conocerá de cerca la geografía de la tierra caliente y estará al tanto de las economías de un negocio agrícola. Lo anterior le será de gran utilidad en su vida insurgente, tanto por el conocimiento del terreno en que llevaría a cabo la mayoría de sus campañas, cuanto en la administración y apoyo logístico de su ejército.

Timmons considera que es por esos años cuando se decide la vocación eclesiástica de Morelos y que en ella contribuyó el que la madre, doña Juana Pavón, iniciara una lucha para que su hijo ocupara una vacante en una capellanía que había dejado su bisabuelo materno ya que, como se sabe, “una capellanía era una institución consistente en un capital cuyos réditos percibía el beneficiario o capellán con la obligación de celebrar por sí o por otros, determinadas acciones litúrgicas, especialmente misas”,¹² siendo condición que el heredero se incorporase al estado eclesiástico.

Herrejón trata el asunto con detalle, pero opina que la vocación sacerdotal de Morelos era añeja y que, debido a las circunstancias por las que atravesaba su familia, la había tenido que posponer, por lo que la reclamación de la capellanía y el inicio de sus estudios eclesiásticos en Valladolid fueron pura coincidencia.

En el *Morelos* de Lemoine no encontramos mayores referencias a estos asuntos, quizás explicables porque el aspecto que mayormente le interesa es el de sus años como general insurgente. En las primeras páginas de su estudio, el autor advierte que la suya es primordialmente una historia documental no exhaustiva, en la cual se privilegia el periodo que va de octubre de 1810 a diciembre de 1815. Así, una mención que hace acerca del Morelos preinsurgente confirma que su interés se centra en los años mencionados:

una vida que transcurre como tantas otras, en el muelle y calmo ambiente de la provincia novohispana, sin más sobresaltos que los naturales de la lucha diaria por procurarse el pan...¹³

A diferencia de los otros autores que aquí reseñamos, Lemoine omite referirse a las razones de la vocación sacerdotal de Morelos, así como a la capellanía y a la larga lucha que la madre de éste emprendió para que su hijo la heredara y obtuviera después de largos años de trámites y pleitos con otros presuntos herederos que la usufructuaron. Cuando, finalmente, se ganó el asunto en 1806, aún hubo de esperar hasta 1809 para hacerse beneficiario. Para entonces, la madre había muerto y los beneficios que se obtenían eran mínimos.

¹² *Ibid*, p.29.

¹³ Lemoine, *op. cit.*, p. 12.

La tardía carrera eclesiástica de Morelos es seguida por sus biógrafos con detalle, particularmente por Timmons y Herrejón: en 1790, ingresó al Colegio de San Nicolás Obispo en Valladolid, donde estudió gramática y después siguió en el seminario tridentino con cursos de filosofía, hasta obtener el grado de bachiller en artes, alcanzando el primer lugar; entró al sacerdocio en 1795, ocupándose como preceptor de gramática en Uruapan.

La carrera eclesiástica de Morelos, a juicio de Herrejón, fue brillante, como lo hacen constar los testimonios de sus profesores; siendo aún subdiácono, sin embargo, las necesidades apremiantes por consagrarse y ejercer de lleno el sacerdocio, debido a la muerte de su padre que había regresado a la casa, lo obligaron a ordenarse como diácono impeliendo, además, porque aún no había obtenido la capellanía. En estas condiciones, tuvo que declarar estar disponible para cualquier lugar que se le indicara, siendo indispensable presentar un examen, el cual aprobó con la calificación de “positivo ínfimo”.

Este pasaje importante en su carrera eclesiástica, según Herrejón, rompió “...su brillante trayectoria académica”.¹⁴

Lemoine minimiza la significación de este incidente de tanta importancia en la vida personal de Morelos, pues escribe: “inútil sería tratar de seguir paso a paso la evolución de sus estudios superiores... pues Morelos no... pudo haber sido aviado de una formidable coraza intelectual...”.¹⁵

Sobre el particular existen divergencias, específicamente por el estudio que ha hecho Herrejón, en su preocupación por dilucidar algunas claves importantes en los cuarenta y cinco años del Morelos preinsurgente y para lo cual realizó un minucioso análisis de su formación intelectual, asunto que reviste gran importancia y que rebasa los propósitos de este ensayo, dado que nos llevaría al terreno de las influencias ideológicas en el pensamiento del caudillo, temática sobre la cual existe una amplia gama de puntos de vista y que aquí no abordaremos.

Herrejón señala que es indispensable tomar en cuenta, para entender cabalmente a Morelos, sus años de formación y de estudio y para esto, la revisión de sus lecturas. Este es un camino que no se había intentado; y que es posible gracias a las declaraciones que rindió en los juicios a los que fue sometido, así como a los libros que se le confiscaron en su casa de Valladolid y aquéllos que traía consigo durante la campaña militar.

Aunque no me referiré con detalle a sus lecturas, pues la consulta

¹⁴ Herrejón, *op. cit.*, pp. 31-32.

¹⁵ Lemoine, *op. cit.*, p.18.

directa de Herrejón es, obviamente, indispensable, haré mención a un balance que éste mismo lleva a cabo. Herrejón señala que detrás de la obra de Morelos hay una tradición escrita que contribuye a situar y consolidar su valor y que, al lado del grupo de hombres de grandes luces que rodearon al caudillo, los cuales contribuyeron con sus ideas y su pluma, Morelos contaba con una preparación propia y con conocimientos que le fueron de utilidad tanto en su obra escrita como en su papel de dirigente.

Morelos guardó –según comprueba Herrejón– de sus primeros años como estudiante: “trazos primeros y permanentes... (tanto) de pensamiento y expresión de la cultura latina, clásica y cristiana... (y) de... filosofía aristotélico-tomista con sesgos de apertura a la modernidad...”, que sí no directamente de Díaz de Gamarra, indirectamente recibió su influencia.

La cultura libresca de Morelos se extendía a otros renglones como el “criollismo guadalupano, nociones jurídicas, elementos de administración comercial y de estrategia militar, información política y, en fin, las breves pero decisivas notas del liberalismo español”.¹⁶

En cuanto a los años que pasó en el Colegio de San Nicolás, se ha conjeturado sobre si tuvo un trato directo con el rector del mismo que, como se sabe, era Miguel Hidalgo; Timmons escribe que es casi imposible encontrar una relación entre ambos y que ésta seguramente ocurrió hasta octubre de 1810, en pleno movimiento de independencia, cuando Hidalgo le encomendó la porción sur del territorio novohispano y particularmente la toma de Acapulco.

Lemoine, en cambio, da como supuesta una relación entre Hidalgo y Morelos en el Colegio y escribe que este último “... quedó atrapado para siempre en la mágica sugestión que irradiaba la figura y el espíritu saturado de impaciencia del futuro libertador”.¹⁷ Esa afirmación, sin embargo, no es documentada por el autor.

Al explicar el por qué de su adhesión y participación en el movimiento de independencia, nuestros autores esbozan argumentos distintos; Lemoine se conforma con una indagación que supone que “...el destino le tenía reservado, a él y a muchos otros, una nunca imaginada sorpresa... y al oír el mensaje que venía de Dolores, salió de Carácuaro, más que al encuentro de la voz que lo llamaba, a encontrarse a sí mismo”.¹⁸

¹⁶ Herrejón, *op. cit.*, pp. 75-76.

¹⁷ Lemoine, *op. cit.*, pp. 20-21.

¹⁸ *Ibid.*, p.35.

Herrejón, apoyado en la revisión de las lecturas del caudillo, opina que las circulares provenientes del obispado de Michoacán tuvieron un papel decisivo, pues en éstas se informaba con detalle de lo que ocurría en España, particularmente en 1808, cuando se enteró Morelos de que Fernando VII estaba cautivo, y que se organizaba la resistencia en la metrópoli:

varias de esas circulares contribuyeron a despertar la inquietud política del clero, pues al pedir donativos para la causa de España contra Francia, ponían al corriente de esta situación. De modo especial la circular del 5 de abril de 1810, fue una invitación a tomar las armas. Morelos la leyó el 22 de junio.¹⁹

El mismo Herrejón nos recuerda que el clero michoacano contaba con antecedentes como "...el obispo San Miguel y Abad y Queipo (los cuales) no habían aceptado ciegamente las disposiciones reales sobre inmunidad eclesiástica y consolidación de vales reales. Su análisis crítico y su objeción vigorosa marcaron un precedente".²⁰

Herrejón menciona también la coincidencia de la visita de Morelos a Valladolid en diciembre de 1809, con la detención de un grupo de conspiradores. Al respecto, como escribe Timmons, no se sabe a ciencia cierta si aquél estaba enterado de los propósitos de la conspiración y menos aún si tuvo alguna participación.²¹

Timmons argumenta que en la vida de Morelos, como párroco, hubo tratos con la administración civil y eclesiástica que le causaron molestias y que paulatinamente contribuyeron a que perdiera la paciencia. Uno de ellos, fue su solicitud de cambiar la sede de la parroquia de Carácuaro a Nocupétaro, dado que en este último había dirigido, como maestro de obras, la construcción de la iglesia, el cementerio y la casa parroquial, financiándolas de su peculio, gracias a su trabajo como cura comerciante que administraba el transporte de mercancías de tierra caliente a Valladolid, asociado con el que luego sería su cuñado.²² Sobre su solicitud no se sabe si finalmente le otorgaron permiso, pero sí las largas que le dieron en resolver su petición.²³

Respecto al asunto de la capellanía, Timmons señala que si bien tomó posesión de ésta, la cantidad de dinero irrisoria que significaba,

¹⁹ Herrejón, *op. cit.*, p. 68.

²⁰ *Ibid.*, p. 46.

²¹ Timmons, *op. cit.*, p. 42.

²² Herrejón, *op. cit.*, p. 38.

²³ Timmons, *op. cit.*, pp.35-36.

le provocó una “...desilución (que) debió haber intensificado su disgusto general con la administración eclesiástica”.²⁴

La guerra contra la Corona ocupó un lugar primordial en la vida de Morelos, a partir de su entrevista en octubre de 1810 con Hidalgo en Charo e Indarapeo. Lemoine advierte que sobre el asunto “desilusionaremos de antemano al lector, advirtiéndole que sólo verá aquí un recorrido apresurado con Morelos y su ejército... En tal virtud, la síntesis que ahora ofrecemos tendrá un simple carácter de divulgación, apoyada preferentemente en el libro clásico de Bustamante...”.²⁵

En torno a la estrategia militar, Lemoine escribe que ésta “...siempre se desarrolló en función de la geografía... Hombre de temperamento tropical... su geografía será también tropical... El ambiente meridional sería su sostén por cinco años, su escudo protector, casi su amuleto. Por ello desconfió siempre de operar en el Altiplano. Desestimó dos buenas oportunidades para caer sobre Puebla... y cuando al fin se decidió a atacar una ciudad templada, Valladolid, —tan cara a sus sentimientos—, fracasó con estrépito y ahí acabaron sus glorias militares”.²⁶

Timmons coincide en cierta medida con Lemoine cuando escribe: “el éxito de Morelos como jefe militar, a pesar de su falta completa de adiestramiento formal, se logró en parte debido a su extraordinario conocimiento del terreno y de la topografía..., así como a su inherente habilidad administrativa y de organización, a su juicio de los hombres y a su elección de los oficiales, a la gran atención que le ponía a los detalles mínimos, al estricto adiestramiento y a los reglamentos disciplinarios y a su fuerte énfasis en la sorpresa, el engaño y la movilidad”.²⁷ Este autor también se refiere a la red de información de los Guadalupe, organizada en torno de Morelos desde la ciudad de México, la cual estaba infiltrada en el aparato estatal, desde donde podía informar sobre movimientos de tropas, guarniciones y armamentos, así como proporcionarle ideas sobre reformas, mismos que fueron de gran utilidad en las políticas seguidas por Morelos.

En cuanto a la estrategia seguida por Morelos, es difícil discernir el por qué no trató de tomar la ciudad de Puebla, centro estratégico en el camino entre México y Veracruz y sí, en cambio, perdió hombres, esfuerzos y tiempo en lograr derrotar a los realistas pertrechados en Acapulco. Timmons escribe que el no haber tomado Puebla... constituyó uno de sus más graves errores militares”.²⁸

²⁴ *Ibid.*, pp. 38-39.

²⁵ Lemoine, *op. cit.*, p. 41.

²⁶ *Ibid.*, p. 42.

²⁷ Timmons, *op. cit.*, p. 89.

²⁸ *Ibid.*, p. 71.

De ahí que le parezca al autor antes mencionado un tanto desproporcionado alabar a Morelos como genio militar, pues el mismo caudillo sería el primero en negarlo, ya que si se ha dicho que de 36 batallas, ganó 25, se olvida que perdió muchas importantes y no sin errores y cuyo costo fue muy alto.²⁹

En cuanto al pensamiento y acción política de Morelos, Lemoine señala una cuestión central. La del problema de la creación de un Estado nacional; discusión medular, ya que es importante dilucidar en que medida el poder insurgente, de facto, pudo y puede considerarse como el embrión del estado nacional; para este autor: Morelos “todo lo trastorna... los estamentos sociales, la geografía política, la administración de justicia, el gobierno mismo, el patronato eclesiástico, la estructura económica”.³⁰ De ahí que esté convencido en sostener que Morelos sienta las bases para el establecimiento de un estado nacional y por lo que hay una línea de continuidad entre la obra constitucional de 1814 y... los legisladores del futuro, los de 1823-24, a los de 1856-57 y los de 1916-17... (señalando) “Así, a largo plazo, se ganan las revoluciones, aunque de momento parezca que, por las derrotas militares se pierden”.³¹

Timmons escribe que Morelos mantuvo viva una preocupación que fue inicialmente de Miguel Hidalgo y que suponía establecer un gobierno, pues éste, en su proceso, declaró que no le había dado tiempo de formarlo y además dotarlo de un documento constitucional que le diera cuerpo. El caudillo puso en práctica tal propósito, pero la derrota militar de las tropas insurgentes acabó con la experiencia.

Al respecto debe discutirse si el poder insurgente se reducía a un territorio delimitado y si en realidad no era sólo un contrapoder al estado novohispano el cual, en cambio, controlaba amplias porciones de la Nueva España.

No hay duda que Morelos fue capaz de darle otra fisonomía a la lucha de los insurgentes, no sólo organizando un ejército, sino dotándolo de las primeras bases de un sistema político, pero me parece discutible que de ahí se pueda afirmar rotundamente que se construyó un estado nacional.

Para finalizar, en cuanto al Morelos de los últimos días, como lo denomina Timmons, éste nos lo retrata a los 50 años gracias a la descripción extraída del juicio al que fue sometido por la inquisición:

...era de pequeña estatura y de constitución robusta; medía un poco más de 1.50 metros de estatura, y quizá pesaba unos 75

²⁹ *Ibid.*, p. 89.

³⁰ Lemoine, *op. cit.*, p. 86.

³¹ *Ibid.*, p. 116.

kilos. No tenía una apariencia especialmente imponente. Sus rasgos faciales eran toscos y ordinarios; tenía verrugas y lunares visibles y una gran cicatriz atravesaba su nariz a causa de una grave caída que había sufrido en su adolescencia. Su color y su tez eran oscuros; su piel y sus ojos, café oscuro; tenía labios gruesos, cejas espesas y juntas. Su cuerpo había sido acondicionado por una existencia que había pasado casi enteramente en el campo y al aire libre, pero padecía mucho de malaria y migraña.³²

Existe una discusión respecto a las últimas semanas de vida de Morelos, particularmente referente a las declaraciones que hizo en los juicios a que fue sometido y que supusieron el dar a conocer lugares y escondites de armas y pertrechos y nombres de oficiales. Estas revelaciones han llevado a posiciones distintas de los autores que estamos comentando. Lemoine escribe “que para reconstruir la personalidad (de Morelos)... tal material es de un valor historiográfico muy relativo, fundamentalmente por una razón: su unilateralidad” y en cuanto a lo polémico de sus declaraciones, nos dice que Morelos “...se defendió hasta donde humanamente era posible, pero la resistencia humana tiene un límite y —por ser lo que era y no un Dios—, el caudillo llegó al filo de aquel lindero sin rebasarlo, porque era imposible”.³³

Timmons detalla los juicios a los que fue sometido José María Morelos y lo que presumiblemente significaron en su ánimo; particularmente cuando la inquisición acordó degradarlo como sacerdote, resolviendo, además, por unanimidad, realizar un acto de fe público, con la presencia de los inquisidores y un ciento de invitados importantes. En dicho juicio, la degradación se justificaba por haber sido considerado culpable de haber hecho

...una confesión maliciosa, pertinaz e imperfecta... de herejía, de profanar los sacramentos y de alta traición humana y divina. Le ordenaron que asistiera a misa con el hábito de penitente y que le entregara una vela verde, símbolo de la herejía, al sacerdote. Sus propiedades serían confiscadas... y si el virrey le perdonaba (lo que no ocurrió) debería sufrir prisión perpetua en una guarnición africana. Sería privado de todos sus beneficios eclesiásticos; sus tres hijos serían declarados infames, y sus descendientes estarían sujetos a incapacidad legal...³⁴

³² Timmons, *op. cit.*, p. 114.

³³ Lemoine, *op. cit.*, p. 145.

³⁴ Timmons, *op. cit.*, pp. 159-160.

Como escribe Timmons: a partir de ese momento “Morelos, un buen católico que se sentía profundamente preocupado por la salvación de su alma, empezó a flaquear” y hace suya la opinión de Genaro García el cual, dice Timmons, “...quizá se acercó a la verdad cuando escribió que el objeto de Morelos al revelar información vital no era salvar su vida, sino reconciliarse con Dios”.³⁵

³⁵ *Ibid.*, p. 163.